

EL SÉPTIMO CÍRCULO

EL ARMA  
MORTAL

FOR  
WADE MILLER



«Miss Gilbert» comentó el rudo teniente Agustin Clapp, «he llegado a la conclusión de que el hombre es la única arma mortal. Tome un revolver, por ejemplo. Es un objeto absolutamente inofensivo: incluso puede ser un excelente pisapapeles hasta que un hombre lo empuña. Si se desarma un revólver, éste pierde usu poder mortífero. Puede reducir a un hombre a sus elementos químicos pero siempre queda el espíritu o como quiera llamarle. Y ese espíritu ha de hallar alguna forma de hacer el mal».

En esta novela de intensa acción, tal afirmación del teniente Clapp queda probada en reiteradas oportunidades. Tráfico de drogas, crímenes, violencia, signan la acción que lleva al detective Walter James, de California a Tijuana y a innumerables situaciones difíciles hasta llegar a un final, totalmente inesperado.

A Glory.

## 1

*Sábado, 23 de septiembre  
a las 11.25 de la noche*

Walter James se acomodó en una butaca que daba al pasillo e intentó relajarse. No estaba tranquilo con los tiempos que corrían; sintió cómo se le deslizaban las manos a lo largo de los muslos, arreglándose la raya de los pantalones. A continuación sintió cómo sus dedos abrochaban y desabrochaban la americana cruzada.

La música del conjunto de cuatro instrumentos situado entre el público y el escenario era intencionadamente lánguida y subrayada por pesados redobles de tambor. Walter James sintió el rítmico eco en su estómago: *serromperá, serromperá, serromperá*. Giró lentamente la cabeza escrutando la oscura sala hasta echar otro vistazo al hombre a quien había ido a ver. Las luces de la sala llevaban dos minutos apagadas a fin de crear la atmósfera apropiada para la atracción estelar del Grand Theater.

Sí, allí estaba, en la última fila, segunda butaca contando desde el pasillo. El vago resplandor rojo procedente de las candilejas apenas alcanzaba a recortar la cabeza del hombre contra la pared del fondo.

Una voz metálica surgida de los altavoces rompió el monótono hechizo del tambor. Y ahora... el sueño de todos los hombres de San Diego... la reina del Grand Theater... ¡La encantadora Shasta Lynn!

Walter James volvió la cabeza para mirar el escenario. El telón se levantó. Se unió automáticamente a los aplausos que saludaban a la mujer que apareció erguida a la luz de las candilejas. El hombre gordo que había junto a James lanzaba agudos silbidos. Este sonido le aclaró la cabeza; James se enderezó en la butaca sintiéndose casi a sus anchas. Así estaba mejor. Dedicó toda su atención a la mujer.

Shasta Lynn no era una belleza, pensó, pero tenía una nariz fina y recta y los planos de su rostro no eran irregulares. Al parecer el cuerpo era su tarjeta de presentación: ondulante y ardorosamente sexual, estaba comprimido en la funda de satén escarlata que llevaba. La cabellera rubia se desparramaba por sus hombros.

Cuando la admiración del público se redujo a un susurro, de lo alto del escenario descendió un micrófono que proyectó una sombra sobre su rostro. Cantó *All of me* con voz persuasiva y tonos más suaves de lo que Walter James esperaba. Mientras cantaba se mantuvo muy quieta, moviendo de vez en cuando las manos contra los muslos. Se mantuvo muy quieta porque sabía que todas las miradas estaban fijadas en su diafragma mientras suspiraba la letra de la canción.

Tras un último y suave *all... of... me*, el conjunto musical situado a sus pies empezó de nuevo a acentuar los redobles. El micrófono ascendió, desapareciendo en la oscuridad. Los cortinajes rojos que había tras ella se deslizaron, abriéndose silenciosamente. Ahora la mujer quedaba enmarcada en una negrura fúnebre contra la cual destacaban incandescentes su rubio cabello y su blanca piel. Empezó a desnudarse sin dejar de moverse graciosa y rítmicamente por el escenario. El conjunto acrecentó el ritmo vibrante de su música y a las candilejas rosas se añadieron otras azules que acariciaron con tonos purpúreos el cuerpo ondulante.

Walter James se inclinó hacia adelante, preguntándose a qué se debía la extrañeza que le producía aquella danza. Shasta Lynn era fascinante pero no atractiva; sus sugerentes

movimientos parecían calculados para despertar no la lujuria sino algún otro impulso más furtivo e insólito. Su cuerpo, pese a la lozanía femenina, sugería una extraña decadencia que Walter James jamás había observado en la desnudez de una mujer. «¿Qué es lo que no encaja en ella?», se preguntó. Miró a su alrededor para observar a sus compañeros de butaca más cercanos; le pareció que los rostros en la penumbra denotaban las reacciones propias del caso. «Me estoy haciendo viejo —pensó—; quizá 38 años sean demasiados para apreciar estas cosas». A continuación, mientras Shasta Lynn se exhibía en toda la desnudez que permitía la ley de San Diego, recibiendo las aclamaciones del público, dio por solventado el asunto considerando que provenía de un exceso de imaginación.

El telón cayó.

Volvió a subir mientras se encendían las luces de la sala. Voces masculinas aún jaleaban a Shasta cuando el elenco completo se alineó en el escenario iluminado, cantando estridentemente una canción ininteligible que venía a decir que el espectáculo había terminado pero estamos muy contentos, muy contentos y esperamos verles la próxima semana en el Grand Theater.

El ruido de las butacas y el posterior rumor de pies sobre el suelo entarimado, cuando el público se disponía a salir, apagaba el coro final. Se oyeron unos cuantos aplausos dispersos mientras Shasta Lynn y un actor larguirucho se adelantaban en el centro del escenario. Los hombres —estudiantes, viajantes de cierta edad, marineros—, así como alguna mujer de aspecto desaliñado, empezaron a subir por el pasillo. Al caer el telón por última vez, los cuatro músicos del conjunto atacaron una marcha que quedó apagada por la voz metálica que anunciaba con tono seductor el horario de la función del domingo. Walter James se unió a la gente que circulaba por el pasillo, dirigiéndose hacia el hombre de la última fila, el hombre a quien había ido a ver a San Diego.

Mientras su esbelta figura se abría paso casi con rudeza entre la compacta multitud, surgió un débil grito de la última fila. La gente dejó de moverse. Walter James abandonó el pasillo y avanzó por encima de las tres filas de butacas que le separaban de su meta.

Una muchacha se apoyó en la pared trasera de la sala, quedando en una postura difícil, medio dentro y medio fuera de su butaca. Con los brazos doblados, mantenía los puños cerrados contra los hombros. Su boca aún estaba abierta tras el grito; miraba al hombre que había junto a ella y en sus ojos se mezclaban la sorpresa y el terror.

La cabeza del hombre colgaba hacia adelante, como si se esforzara por mirar su propio regazo. Pero no veía nada. De su pecho sobresalía la empuñadura corta de un cuchillo.

## 2

*Sábado, 23 de septiembre*

*A las 11.25 de la noche*

—Más bien podrían sentarse todos —dijo perezosamente el hombre corpulento—. Es posible que los quedemos un buen rato.

El público, nervioso tras los veinte minutos de espera, fue volviendo a las butacas del teatro. El murmullo de voces creció un poco cuando el hombre corpulento apartó la vista de ellos para fijarse en el cadáver.

—No tiene por qué preocuparse —dijo Walter James a la chica que había gritado—. La policía se hace cargo de la situación. —Se sentó en el rescaldo de una butaca, posando una mano consoladora sobre su hombro. Ella levantó la vista para mirarle con gratitud. Aunque Walter James era un hombre menudo, su cuerpo perfectamente proporcionado le hacía parecer más alto. La ligera crispación de sus labios insinuaba un nerviosismo que quedaba contenido por los rasgos irregulares del rostro. Los ojos de color azul claro brillaban bajo *su* despeinado cabello castaño.

El hombre corpulento les dedicó una rápida mirada. Estaba en pie junto al médico que se afanaba alrededor del cadáver.

—Quiero ese cuchillo en cuanto lo saque, ¿eh, doctor? Y sobre todo, no me borre las huellas. —Con gesto meditativo se pasó la lengua sobre los dientes delanteros.



—¿Tiene una aspirina para la joven? —le preguntó Walter James—. Está pasando un mal rato. —Retiró la mano del hombro de la chica para sacar los cigarrillos.

—El doctor se ocupará de ella en cuanto haya acabado. —El corpulento detective se acercó un poco a él.

—Ahora ya me encuentro bien —dijo la chica, pálida y estremecida—. ¿Tiene un cigarrillo, por favor? —Era una jovencita: vestido de *tweed* ceñido, facciones agradables y cabello pelirrojo.

—Disculpe —dijo Walter James sacando uno de su cajetilla. La chica se inclinó hacia adelante y él se lo encendió con su propio cigarrillo. Ella volvió a recostarse en la butaca apartando la mirada de los hombres que trajinaban junto al cadáver.

—No es muy agradable —dijo compasivamente el hombre corpulento—. ¿Cuál es su edad, señorita?

—Diecinueve.

—¿Es estudiante todavía?

—Eh... Voy al San Diego State College.

—¿Nombre? —dijo el hombre corpulento arqueando las cejas.

—Laura Kevin Gilbert —dijo de mala gana la muchacha.

—Espere un momento, ¿quiere? —Walter James intervino rápidamente—. Esta criatura está agitada. Cuando se han encendido las luces se ha encontrado con el cadáver al lado.

—¿Quién es usted? —El hombre corpulento apartó la vista de la chica para mirarle a él.

—Me llamo James, Walter James. —Lanzó una nube de humo a la altura del talle gris del hombre corpulento.

—Quédese por aquí —le advirtió éste. Giró sobre sus talones y echó a andar por el pasillo rumbo al escenario—. Jim, luego le das un toque a éste.

Un secreta más viejo se separó del grupo que había en torno al cuerpo para seguir al hombre corpulento pasillo abajo. Las primeras filas del teatro estaban casi completa-

mente ocupadas por gente silenciosa; en la parte trasera, donde habían encontrado el cuerpo, sólo permanecían unos cuantos espíritus fuertes. El hombre corpulento se desabrochó la chaqueta y se apoyó en el borde del escenario. Se quitó el sombrero y se pasó los dedos por el cabello fino, entre gris y castaño.

—Amigos, soy el teniente Clapp de vuestro departamento de policía. —Les echó un vistazo casi desinteresado—. No quiero retener a nadie más de lo necesario, así que intentemos acabar con esto lo más rápidamente posible. En la última fila han matado a un pequeño filipino, probablemente durante el espectáculo. Parece un asesinato. Si alguno de ustedes sabe algo al respecto, agradeceré que nos lo diga ahora mismo en bien de la ley y el orden.

Haciendo una pausa, miró al público con expectación. Nadie se movió.

—No lo duden, si han notado algo anormal en la última fila, en la zona donde está el cadáver, díganlo. —Hizo otra pausa. En la parte central de la sala se levantó una mano tímida—. ¿Sí?

Un joven marinero se levantó.

—Me llamo Bill Davis —dijo inseguro.

—Ha visto usted algo, ¿verdad? —le animó Clapp. El joven balanceó la cabeza incómodo.

—Creo... creo que sí... este... teniente.

—¿De qué se trata? —le preguntó Clapp pacientemente. El marinero mantuvo una breve conversación entre susurros con el hombre uniformado que estaba a su lado. Luego levantó la cabeza y habló rápidamente.

—Randy dice que a él también le ha parecido, así que supongo que sí lo he visto. Yo estaba sentado al otro lado del pasillo de donde el tipo... —señaló el cuerpo haciendo un gesto con su rubia cabeza— ...y estoy casi seguro de que alguien andaba moviéndose por ahí en el momento en que... este... se apagaron las luces.

—¿Qué tipo de movimientos? —Clapp se pasó la pesada mano por el rostro curtido.

—Yo... no estoy seguro, teniente —el marinero frunció el ceño—. Lo he visto con el rabillo del ojo.

—Muchas gracias, hijo. —Clapp le dedicó una sonrisa amable. El marinero se sentó y empezó a susurrar animadamente con su compañero. El corpulento policía recorrió con la mirada al resto del público—. ¿Alguien más tiene algo que decir? ¿No? De acuerdo. Crane les tomará los nombres y direcciones de uno en uno. Si saben algo, díganse a él. Si no, bastará con que digan a Crane su nombre, dirección y profesión y cómo podemos comunicarnos telefónicamente con ustedes si tenemos que hacerlo. Luego podrán irse a casa a acostarse y probablemente no volverán a saber más de nosotros. Gracias por su colaboración. Ocúpate de ellos, Jim.

Clapp volvió a dirigirse hacia el cadáver.

—¿Dónde está ese empresario... Greissinger? —llamó. Un hombre de brillante calva se asomó entre el telón y salió al escenario.

—Estoy aquí, hablando a mi gente —explicó agitadamente.

—Pues venga usted aquí y hábleme a mí —dijo Clapp con voz estruendosa.

—Naturalmente, jefe. Haré todo lo posible por ayudarles. Nosotros les ayudamos y quizá ustedes nos ayuden a alejar a los periódicos de este escándalo. —Bajó al pasillo siguiendo a Clapp.

Clapp observó el cuerpo. En otro tiempo había pertenecido a un varón de raza filipina de entre veinticinco y cuarenta años, de alrededor de metro cincuenta de estatura y unos cincuenta kilos de peso, moreno, de cabello negro, largo y espeso y con mucho fijador, manos algo ajadas y nudosas, un anillo grande de oro macizo en la izquierda, un reloj de bolsillo caro con leontina de oro, camisa deportiva de seda roja con botones de plástico, pantalones negros

de algodón de buen corte y un par de zapatos de cuero negro y brillante del 36 o incluso más pequeños.

—Mala cosa —barboteó Greissinger—. Un suceso como éste da mala fama a un establecimiento verdaderamente legal. Todo lo que podamos hacer por aclarar este asunto y alejar del escándalo a los...

—Un minuto —Clapp se lo quitó de encima—. ¿Qué hay, doctor? —El doctor Stein era joven, pero la mirada que fijó en Clapp estaba cargada de años.

—Muerte instantánea. El corazón fue perforado por la hoja del cuchillo. Entró directamente por debajo del esternón hasta la empuñadura. Unos ocho centímetros. A juzgar por su contextura, la hoja debió penetrar limpiamente hasta el corazón. La herida tiene una inclinación de unos quince grados hacia la izquierda. ¿Algo más?

—¿Hace cuánto tiempo? —preguntó Clapp.

—Demonios, aún está fresco... Menos de una hora. Muy poca hemorragia. Ni se ha manchado. Precisamente ahora se inicia la coagulación.

—¿Por qué no hay hemorragia?

—Mire el cuchillo —dijo el doctor Stein—. Es un buen trabajo; la hoja ha sido rebajada unos seis milímetros. Sólo ha sido una punción. Alguien montó entre la hoja y la empuñadura una placa metálica redonda de unos cinco centímetros de diámetro. Es como una especie de tapón. Un trabajo muy limpio. Me gustaría tener más casos como éste.

—Ya veré qué puedo hacer —dijo Clapp—. Puede llevarse a casa ahora, si quiere. Gracias por sus aclaraciones.

—Mañana por la tarde le daré un informe completo —le prometió Stein—. Pienso pasarme la mañana durmiendo. Ya sabe, es domingo.

—No para él —dijo Clapp, y se volvió hacia Greissinger—. ¿Conoce usted a éste?

—Sí... trabaja aquí. Bueno, trabajaba. Mire, queremos ayudarle todo lo posible, jefe —insistió el empresario.

—Teniente —dijo Clapp sucintamente—. Siéntese, Greissinger. Después de todo, nos ayudará usted. ¿Así que trabajaba aquí? ¿Y qué hacía?

El rollizo empresario tomó asiento en las butacas de la derecha; Clapp ocupó la que estaba tras él, dominándole desde arriba.

—Recogía las entradas de nuestros clientes en la puerta. Se llamaba Fernando Solez; estaba con nosotros desde que abrimos, en el 43.

—Pues era bastante menudo para estar de portero en un lugar como éste, ¿no?

—El Grand Theater es un lugar decente. Aquí no tenemos problemas... ya lo sabe usted, teniente. Además tenemos a Johnny, que es un tipo bien plantado: mantiene el orden en las colas del vestíbulo y vigila la taquilla por si Gladys tiene problemas con algún cliente. Hasta esta noche nunca hemos tenido líos.

—¿Tenía Solez algún enemigo en especial? —preguntó Clapp.

—No. —Greissinger hizo un gesto ondulante con las manos—. Ferdy era un muchacho bueno y decente; sólo tenía amigos. A todo el mundo le gustaba Ferdy, siempre se podía contar con él. Con su gran sonrisa siempre... —Mostró a Clapp como solía sonreír el difunto.

—Si Solez era el portero que recogía las entradas —rumió Clapp—, ¿por qué no estaba fuera cogiendo entradas? ¿Qué demonios hacía sentado con el público?

—¡Oh, vaya! —El empresario movió horizontalmente sus manos gordezuelas—. No hay nada sospechoso en eso, teniente. A Ferdy le volvía loco la manera de bailar de la señorita Lynn; la señorita Lynn es ahora mi principal atracción. Por eso solíamos complacer a Ferdy... Johnny se ocupaba de las entradas mientras duraba el número de la señorita Lynn de modo que Ferdy pudiera entrar a verla. Nada malo hay en ello.

—¡Félix! —llamó Clapp. Procedente del vestíbulo entró rápidamente un secreta bajo y sólido; a pesar de su gordura, su aspecto era pulcro—. Empiece a identificar al elenco y a los empleados. El difunto trabajaba aquí recogiendo las entradas, se llamaba Fernando Solez y estaba en la casa desde el 43. Quiero hablar con los componentes del elenco dentro de unos minutos. Especialmente con una criatura llamada señorita Lynn. No les asuste solamente manténgalos quietos. —Félix asintió dirigiéndose hacia el escenario—. Así pues —dijo Clapp—, Solez estaba loco por la señorita Lynn.

—¡No, teniente! —protestó Greissinger. Se enjugó el sudor de la pelada cabeza—. ¡Usted me interpreta mal! A Ferdy, sencillamente, le gustaba ver bailar a la señorita Lynn. Es una chica con clase, de mucha categoría. Ferdy, sencillamente, la admiraba; le gustaba hacerle recados... Ya sabe, ir a por tabaco y cosas así.

—Esta mujer, la Lynn, ¿tiene amigos celosos?

—No.

—¿No qué? —musitó Clapp—. ¿Tiene marido, vive con alguno, con quién suele andar?

—No sale con nadie.

—Basta, Greissinger —Clapp torció el morro—. Tengo edad suficiente para saberlo.

—Créame, teniente, está totalmente equivocado —Greissinger se colgó del brazo de Clapp—. La señorita Lynn es una muchacha con clase. En ese sentido no hay nada raro. Nunca he visto que hiciera nada fuera de lo normal. —En su voz había gallos.

Clapp le miró fijamente. En los ojos del hombre corpulento se encendió una chispa. Se levantó y el rollizo empresario le secundó.

—Vale, vale —dijo el policía—, pero creo que a pesar de todo tendré una pequeña conversación íntima con la señorita Lynn.

—Puedo decirle todo lo que quiera saber, teniente. — Greissinger unió las manos como si fuera a retorcérselas—. No merece la pena que pierda el tiempo con mi personal... —Sintió sobre sí la mirada burlona del hombre corpulento y se interrumpió en seco—. Está entre bastidores —dijo vacilante.

—Que se quede allí —ordenó Clapp—. En seguida iré para allá.

El grueso empresario dejó escapar un profundo suspiro y se volvió. Clapp le tocó suavemente un hombro.

—Otra cosa, Greissinger. El hombre de la puerta, Johnny, me ha dicho que ningún espectador salió del teatro hasta nuestra llegada. —El empresario asintió—. Y eso me extraña. ¿Por qué se han quedado unas trescientas personas esperando para charlar con la policía? ¿Tiene alguna respuesta?

—Bueno —dijo Greissinger—, el agente que suele andar por esta manzana, Murdock, estaba aquí cinco minutos después de que la chica gritara.

—Pero ¿ha mandado usted a alguien a buscar Murdock? —Clapp, infatigable, volvía sobre el mismo punto—. ¿Quién ha llamado a la comisaría de policía? ¿Quién ha mantenido a esta multitud dentro hasta la llegada de Murdock y mi llegada? ¿Usted?

—Bueno, teniente, todo eso lo iba a hacer yo... la intención era colaborar todo lo posible. Pero como uno de sus hombres estaba en la sala, él se la ocupado de todo. No ha tenido ningún problema con los tipos difíciles... al fin y al cabo tiene in arma.

—¿Uno de mis hombres? —preguntó lentamente Clapp.

—Claro, aquel caballero de allí —señaló Greissinger. Clapp siguió la dirección indicada por aquel dedo regorde te hasta el fondo de la sala con la mirada y en ella volvió a encenderse una chispa. Cruzó el cuerpo central de butacas y por el pasillo de la izquierda se dirigió hacia Walter James.